Una misma identidad, en dos perspectivas

Ambientación

Desde que el Vaticano II cometió la “feliz culpa” de invitar a todos los institutos religiosos a “conocer y observar todo lo que constituye el propio patrimonio”, puesto que en la medida de que “cada uno de los mismos tenga su carácter y su fin peculiar, contribuye al bien de la Iglesia”¹, las distintas Órdenes y Congregaciones se fueron empeñando en descubrir e intentar vivir con creciente coherencia la riqueza del propio carisma, del propio *ser y hacer*.

Entre nosotros, la primera respuesta oficial a la invitación conciliar fue la Carta circular que publicó el Superior General, padre Jesús Ramos Capella, el 20 de enero de 1968, bajo el título *Espiritualidad del Terciario Capuchino*².

A dicha circular siguió, casi de manera inmediata, el inicio del arduo proceso de elaboración de las Constituciones posconciliares, que se alargó desde aquel mismo año 1968 hasta el 1983 y que supuso una creciente clarificación y más adecuada formulación de la propia *identidad*³.

Una parte importante de ese itinerario de creciente clarificación y toma de conciencia de los valores más esenciales del propio *carisma* –que, por otra parte, y por su misma naturaleza debe ser constante y permanente– lo han constituido también los *mensajes* que, desde 1977, han ido emanando de los Capítulos o Gobiernos generales.

¹ *Perfectae Caritatis*, n. 2,10. Este Decreto conciliar fue aprobado el 28 de octubre de 1965.

² Cf. RAMOS, Jesús, *Espiritualidad del Terciario Capuchino*, en *Pastor Bonus* 17 (1968) n. 38 p. 6-9 y en VIVES, Juan Antonio, *Manual de historia de la Congregación*, p. 209-211.

³ El proceso constó fundamentalmente de los textos constitucionales publicados en 1970, 1976 y 1984. No obstante, durante el Capítulo general de 1995 aún se introdujeron cambios en las Constituciones (cf. VIVES, Juan Antonio, *Manual de historia de la Congregación*, p. 661-663).

El primero de tales mensajes fue elaborado por el XV Capítulo general, celebrado en Burgos, y recibió el significativo título de *Nuestra identidad religiosa*⁴.

Once años más tarde –y con ocasión del primer centenario de la fundación de la Congregación–, el Consejo general dirigió –con fecha de 2 de febrero de 1988– otro mensaje a todos los hermanos y le dio como título: *Zagales del Buen Pastor*⁵.

Hubo que esperar otros siete años para que viera la luz un nuevo mensaje para la Congregación toda. Esta vez su autor fue el XVIII Capítulo general, celebrado en Bogotá en 1995. Su título en sintonía con el del centenario fundacional fue *Zagales del Buen Pastor en la Nueva Evangelización*.

También el Capítulo siguiente –el XIX, celebrado en Burgos en 2001– quiso regalar a los hermanos un texto en forma de mensaje, dándole el título de *La Misión Apostólica de la Congregación* y el subtítulo: *Nuestro compromiso cristiano y social: la educación de jóvenes en conflicto*.

Y precisamente son estos dos últimos mensajes los que constituyen el motivo de esta exposición, en la que se intentará resaltar los principales ejes temáticos que en ellos se desarrollan y se intentará, al mismo tiempo, señalar su unidad de fondo, junto a la diversidad y complementariedad de sus perspectivas.

I. Una misma identidad al trasluz de dos perspectivas igualmente válidas.

Tanto el mensaje emanado del XVIII Capítulo general, como el que firmó el Capítulo general siguiente se centran en una seria reflexión sobre el propio *carisma* sobre nuestra característica

⁴ Cf. *Nuestra identidad religiosa*, en *Pastor Bonus* 26 (1977) p. 247-251.

⁵ Cf. *Zagales del Buen Pastor*, en *Pastor Bonus* 37 (1988) p. 73-111.

identidad, sobre el *talante de ser y estilo de actuar* que nos distinguen como amigonianos.

No obstante esa esencial coincidencia de fondo, cada uno de dichos mensajes tiene, junto a otras, una primera y principal singularidad, pues mientras el mensaje del XVIII Capítulo, *Zagales del Buen Pastor en la Nueva Evangelización* parte del *ser* para adentrarse en el *hacer*, el del XIX Capítulo, *La misión apostólica de la Congregación*, arranca del *hacer* para abordar desde ahí la riqueza del propio *ser*.

Por lo demás, hay una temática de fondo que se aborda en ambos mensajes, recalcando así la trascendental importancia que se concede a la misma. Es ésta relativa al valor de la *armonía entre ser y hacer* que se establece dentro de nuestro *específico estilo de vida*. En el mensaje de Bogotá se enfatiza sobre dicha armonía desde el inicio, cuando se afirma: *queremos iluminar nuestra identidad, sin dualismos ni fisuras entre ser y hacer* (n. 3). Y este énfasis se explicita especialmente más adelante, cuando, entre otras cosas, se afirma:

- *Hemos podido apreciar con renovado esplendor... la riqueza del propio carisma, que crea unidad entre “nuestro ser y hacer”, entre “contemplación y acción”, entre “ser apóstol y educador”. Los mismos valores de nuestra vida espiritual favorecen nuestro crecimiento como personas, como cristianos, como religiosos amigonianos y como educadores del hombre integral* (n. 11).
- *La misión implica al unísono los ámbitos del ser y del actuar. El consagrado por Dios en el bautismo debe hacer de toda su existencia una misión que se realiza a partir de la experiencia de Dios que le es propia...* (n. 12).

El mensaje de Burgos, por su parte, se refiere a dicha *armonía entre ser y hacer*, en expresiones como éstas:

- *La identidad amigoniana, vista principalmente desde su dimensión apostólica y pedagógica en la primera parte de este documento, no puede ser entendida ni vivida a cabalidad sin unirla de forma substancial a esa otra dimensión conformada por la realidad de la “consagración religiosa” a la que se ha aludido ya al hablar de la inspiración teológica... “Consagración y misión”, “ser y hacer”, “vida y actividad”, o si se prefiere, “espiritualidad y pedagogía” no son un binomio, sino expresiones equivalentes de una misma realidad vital (p. 33).*

Y señalando a continuación *luzes y sombras* respecto a la mencionada armonía de vida, el mismo mensaje de Burgos apunta como una luz, entre otras, el hecho de que los religiosos *son conscientes de que la propia experiencia de Dios... da unidad a su existencia y les impulsa a vivir con gozo la fraternidad y a ejercer con mayor entrega su quehacer evangelizador y pedagógico* (p. 36). Mientras que señala como una sombra, entre otras varias, el constatar cómo en ocasiones es una “asignatura pendiente” en la vida de los mismos religiosos la evaluación cotidiana de la propia vida a la luz de la Palabra de Dios como piden las Constituciones, pues, por lo general, *se evalúa más lo exterior que lo interior, más el trabajo que la vida* (p. 37).

II. El mensaje de Bogotá en la dinámica de la nueva Evangelización.

El mensaje emanado del XVIII Capítulo general, en 1995, que, como ya se ha indicado, parte del *ser* para adentrarse en el *hacer*, tiene, como primordial y esencial característica, el enmarcarse todo él en la dinámica de la *Nueva Evangelización* y hacer consecuentemente una lectura de los valores que configuran nuestro carisma desde el espíritu que animó esa “nueva” *evangelización* que el

papa Juan Pablo II quiso promover en el pórtico del tercer milenio del cristianismo⁶.

Un momento especialmente importante en ese *leer los valores* de la propia espiritualidad a la luz del mensaje de la Nueva Evangelización, lo constituye el apartado dedicado a profundizar nuestra vocación de *evangelizadores de los jóvenes con las actitudes del Buen Pastor*, en el que se agrupan y explicitan las actitudes que se derivan, para nuestro *ser y hacer*, desde la figura del Buen Pastor, en torno a estos tres subtítulos: *Testigos de lo que proclamamos* (n. 66-68), *Comprometidos con lo que anunciamos* (n. 69-70) y *Generosos en el servicio* (n. 71-72).

Junto a esa primordial característica, el mensaje de Bogotá posee otra serie de *puntos fuertes*, en los que se tratan distintas temáticas de carácter más particular. Entre estos *puntos fuertes* quiero resaltar –sin pretensión de ser exhaustivo– los siguientes:

a. Primacía de Dios

La primera –de las tres partes de que consta el mensaje de 1995– lleva el significativo título de *Dejémosnos convertir por el Evangelio*.

En ella, se quiso poner de relieve el clásico tema del *protagonismo de Dios y la primacía de su acción en todo proceso de conversión humana* desde esa óptica de la *teología de la gracia paulina* que nos invita a ponernos en las manos de Dios, a dejarnos construir por Él y a sentirnos queridos y apreciados por su amor.

Dicho de otra forma, se pretendía, con esa primera parte, poner de relieve la necesidad de todos los religiosos tenemos de que sea

⁶ Dicho espíritu está entresacado en el mensaje de Bogotá de estos tres documentos principalmente: Encíclica *Redemptoris missio*, Documento de la IV Conferencia General del CELAM, celebrada en Santo Domingo, y *Vida Consagrada y su función en la Iglesia*, que fue el Instrumentum laboris del Sínodo sobre la Vida Consagrada.

Dios quien *dinamice nuestro ser y hacer* (cf. 7º Acuerdo del XX Capítulo General).

b. Inculturación

Tras centrar la inculturación –en sintonía con el magisterio– en *encarnar el evangelio en las distintas culturas, asumiendo lo que hay de bueno en ellas y renovándolas desde dentro* (n. 18) y tras denunciar también cómo en ocasiones los misioneros no han sabido ser dialogantes en su misión, *creando así una ruptura y separación entre evangelio y cultura y provocando por ende un drama del que muchos pueblos son la triste prueba* (n. 19), el mensaje de Bogotá, consciente de que *todo proceso de inculturación implica conocer, confrontar y discernir los valores de las distintas culturas a la luz del Evangelio* (n. 20), pasa –y esto es una verdadera *novedad dentro de nuestra tradición pedagógica amigoniana*– a adentrarse, aunque sólo sea de un modo un tanto general, en la *cultura actual de la juventud* (*El mundo de nuestros muchachos*, n. 22-36). Este planteamiento puede ser interesante de cara a la constante actualización y enriquecimiento que, por su propia naturaleza, necesita todo sistema educativo.

En los últimos años, dentro de nuestra tradición pedagógica, se ha insistido bastante en el *talante* del educador amigoniano, resaltando los valores que le son más característicos. Se han afrontado, incluso, situaciones nuevas, pero, quizá, se podría hacer mucho más, planteándose con seriedad hasta qué punto el *cambio cultural* que se está produciendo de forma acelerada puede y debe afectar nuestros planteamientos pedagógicos, o hasta qué punto, en vez de gastar excesivas fuerzas en contrarrestar sombras, no se debiera invertir más en potenciar luces. En este último sentido pudiera ser interesante, por ejemplo, –mediante distintas dinámicas, incluidas las de índole catequética– favorecer el desarrollo de aquellos valores a los que es más sensible la juventud actual (n. 25).

c. Preocupación por la justicia social

Basándose fundamentalmente en la encíclica *Centesimus annus* y citando explícitamente el *Documento de Santo Domingo* de la IV Conferencia general del CELAM, el mensaje de Bogotá hace una descripción de la alarmante situación social que se está creando en nuestro mundo –y de la que son especiales víctimas los niños– a causa de las *crecientes* desigualdades (n. 29-31). Y a partir de ahí –y este podría ser un punto a *retomar* y *relanzar* en nuestras programaciones– nos invita a *asumir posiciones valientes y proféticas ante la corrupción del poder político y económico y a renovar profundamente al hombre concreto y a su entorno familiar y social de acuerdo a los criterios de la liberación cristiana* (n. 32).

¿Hasta qué punto –podríamos preguntarnos al respecto a modo de reflexión– el trabajar tradicionalmente con los pobres –niños y jóvenes– nos ha anestesiado para ser profetas de lo social? ¿Hasta qué punto en algunas de nuestras obras hemos podido ser –o al menos aparecer– como colaboradores con los opresores? o ¿Hasta qué punto nos hemos desvivido por “nuestros muchachos” dentro de nuestros centros, pero no hemos sabido defender sus derechos y dignidad en los foros en que se plantea la problemática del menor en situación de riesgo o de conflicto?

d. El mundo de la droga

Aunque nuestra Congregación había asumido ya el apostolado en el campo de la drogadicción a raíz del 5º acuerdo del XVI Capítulo General –celebrado en Benaguacil en 1983– es en este mensaje donde por primera vez se aborda, para la Congregación, la problemática en un escrito oficial de carácter general (n. 33-35).

El reto que se formulaba en el escrito para toda la Congregación era el de *potenciar, dentro de dicho campo, los programas que nos identifican como congregación, orientándolos preferencialmente al mundo de la adolescencia* (n. 35).

Quizá pudiera ser ésta una buena ocasión para ver cómo ha sido acogida hasta el momento esa invitación y para articular alguna estrategia al respecto.

e. Nuestra presencia en medio de un mundo pluralista

Después de detenerse a analizar la expresión *Jóvenes desviados del camino de la verdad y del bien*, centrándose en la *Visión cristiana del hombre* (n. 39-40) o profundizando los conceptos de *Verdad y Bien* (n. 41), de *Volver al recto camino* (n. 42-44), y de *Conversión y moralización* (n. 45-46), el mensaje aborda una cuestión que, si no es tratada con claridad y honestidad, puede crearnos en nuestra conciencia –individual o colectiva– cuestiones como éstas que nos plantea el propio escrito: *¿Qué sentido tiene desde nuestra fe cristiana el trabajo con un grupo pluralista? ¿Cómo conjugar nuestra vocación de evangelizadores con el respeto debido a la conciencia y creencias de nuestros muchachos?* (n. 47).

La preocupación no era nueva entre nosotros. Ya el mensaje del Centenario –redactado siete años antes– se hacía eco de la misma así: *Nuestro primer y más radical compromiso lo tenemos contraído con Cristo y con la Iglesia. De ahí nace nuestro compromiso de colaborar con las autoridades civiles y con todos los hombres en la construcción de un mundo mejor. El mensaje evangélico no se puede imponer, pero tampoco silenciar...* (n. 45).

Con todo, en siete años la sociedad había cambiado bastante, pues las *migraciones* habían convertido muchas veces nuestros grupos educativos –particularmente en Europa– no sólo en grupos pluriculturales, sino al mismo tiempo en *plurireligiosos*. Y ante tal

panorama, el mensaje de Bogotá propone, entre otras, estas orientaciones:

- *Hoy no podemos proceder con la misma metodología de nuestros primeros religiosos. El respeto al “sagrario de la propia conciencia” nos impide imponer a nuestros muchachos actos religiosos... Pero no podemos caer tampoco en la tentación de ofrecer una educación secularizada y hasta laicista... (n. 48).*
- *Nuestra presencia debe ser en todo momento una presencia de Iglesia, conscientes de que la misma acción de la Iglesia no se limita a los que aceptan su mensaje, sino que promueve los valores evangélicos entre todos los hombres (n. 49).*
- *Junto al proyecto educativo de humanizar a nuestros jóvenes según la verdad y la justicia del plan original de Dios, nuestra pedagogía debe estar abierta siempre y en todos los ambientes a la transmisión de la fe... La oferta de la fe es una propuesta que no sólo respeta la libertad de la opción personal, sino que constituye incluso un “homenaje a la libertad” misma... (n. 50).*
- *Aunque el mensaje liberador del Evangelio puede y debe ser transmitido desde el contexto integral, armónico y unitario de todo nuestro proyecto educativo, inspirado mayormente en el humanismo cristiano, reafirmamos que la fe –transmitida con el ejemplo de vida y con la palabra y aceptada vitalmente con libertad– contribuye de modo extraordinario a la maduración humana del alumno (n. 51).*

Dentro aún de la dinámica que nos ocupa, el mensaje de Bogotá nos desafiaba a *desarrollar una verdadera pastoral de marginados, cultivando en nuestra formación la dimensión de educadores de la fe* (n. 53) y a extender nuestra acción pastoral específica más allá de las

instituciones que dirigimos (n. 54) en colaboración si fuera del caso, con los *Cooperadores Amigonianos* (n. 55).

f. Afrontar con creatividad la misión específica

A la luz una vez más del espíritu de la *Nueva Evangelización*, el mensaje de Bogotá quiso también *sugerir amplias e ilusionantes perspectivas en el campo propio de nuestra misión específica* (n. 56), invitándonos a descubrir *nuevas fronteras* (n. 57-58); a vivir una presencia en las instituciones que se vea *renovada* tanto en la *generosa y sacrificada entrega de cada uno de los educadores, como en la actuación de una educación integral en la que encuentre su lugar adecuado la evangelización* (n. 59); a extender nuestra acción educativa y pastoral a las familias de nuestros muchachos (n. 60); a poner más decisión y empeño en el trabajo con el mundo femenino, comprometiéndonos en la lucha por el pleno reconocimiento de su dignidad y derechos (n. 61); a servirnos de medios e instituciones que contribuyan a ampliar la acción de la pedagogía amigoniana más allá del ámbito ocupado por los propios religiosos (n. 62); a comprometernos con acciones promovidas por distintas asociaciones –gubernamentales, o no– que se esfuerzan por sensibilizar a la sociedad sobre la problemática de la niñez o juventud marginada y buscan la toma de soluciones cada vez más justas y adecuadas (n. 63), y la de continuar extendiendo nuestra presencia a nuevos países y culturas (n. 64).

g. Llamada a la esperanza

Después de leer los valores que configuran nuestro carisma a la luz de la *Nueva Evangelización* –como se ha dejado dicho ya al comenzar este acercamiento al mensaje de Bogotá– el escrito se despide de todos los hermanos con un llamamiento a la esperanza,

que, a pesar de las sombras que podemos apreciar en nuestro actual caminar congregacional, invita a dejarse penetrar por la luz del Resucitado (n. 75-78).

III. El mensaje de Burgos, al trasluz de la esperanza

Si el distintivo principal del mensaje de Bogotá era el de haber leído la propia identidad a la luz de la *Nueva Evangelización*, el distintivo del de Burgos es, sin duda, el realizar esa misma lectura *al trasluz de la esperanza*, tal como indica expresamente la tercera y más esencial parte del documento. En ella, como en una especie de *ramilletes de sueños y esperanzas* se aborda el tema de una *identidad fortalecida* a través de ese *dinamismo vital* que es capaz de discernir lo que en un momento concreto necesita ser *asumido, fortalecido, relativizado o incluso desechado* (p. 45). Y se aborda dicha identidad deteniéndose en cada una de las tres esenciales dimensiones que la configuran: *consagración, fraternidad y misión*.

En cuanto a la *consagración* (p. 46), los sueños y esperanzas que se apuntan están en la línea del 7º acuerdo del XX Capítulo General y podrían servir –pienso– para articular estrategias encaminadas a clarificar el mismo y caminar hacia el objetivo que en él se propone.

Con relación a la *fraternidad* (p. 47-48), se sueña fundamentalmente en *comunidades crecidas en número y calidad, felices y significativas, con capacidad de contagiar a nuevos vocacionables...*

Y precisamente, dentro de este ámbito fraterno, se encuadra la *Pastoral vocacional y la Formación*, tanto inicial, como permanente.

De la formación se dice que *será válida en la medida que ayude al crecimiento integral de la persona del religioso en humanidad y*

sentido trascendente, en capacidad de relacionarse con los demás y de asumir el rol de educador de acuerdo al talante amigoniano.

Por lo demás –y siempre en el ámbito de la formación– lo que allí se dice con relación a estudios concretos (p. 48) puede ser de provecho de cara a cumplir de la mejor forma posible el acuerdo 5º b de nuestro XX Capítulo General.

Respecto a la *misión* (p. 48-51) los sueños se concretan en torno a tres ejes: *centros altamente cualificados que sepan conceder su importancia a la evangelización y sean capaces de liderar programas de terapia familiar; educadores vocacional, científica, técnica y prácticamente preparados y que posean capacidad de inculturación y de creatividad, y un sistema amigoniano debidamente formulado y unificado en sus principios fundamentales que se aplicará en las distintas realidades sin dejar de perfeccionarse constantemente.*

Esos sueños con relación a la misión se amplían a continuación con otros que se agrupan bajo el título *Presencias nuevas y proféticas*. Entre ellos destacan los de:

- ver participando a la Congregación en foros encaminados a la defensa del menor y sus derechos;
- multiplicar la presencia de la pedagogía amigoniana en medios no institucionales;
- disponer de comunidades terapéuticas plenamente identificadas con el talante amigoniano:
- contar con una pastoral de carácter propio, capaz de liderar acciones a favor de nuestros muchachos, en comunión con la iglesia local, diocesana...;
- identificar a los colegios de la Congregación por la acogida y atención dada a los alumnos difíciles;

- propiciar una mayor participación de los religiosos en la FUNLAM, dándole una dimensión congregacional y reconociéndola como centro piloto de la pedagogía amigoniana.

Finalmente, el tema de la *identidad fortalecida contemplada al trasluz de la esperanza* se cierra con una serie de sueños con respecto a los seculares amigonianos (p. 52-53) que, aunque se centran en los *Cooperadores*, no se agotan con ellos, sino que se proyectan hacia otras *asociaciones que pudieran acoger personas que desde su inquietud social, se muestren dispuestas a colaborar con nuestro apostolado* (p. 53).

De todas formas, esta tercera parte del mensaje, aunque es la *fundamental* del mismo, sólo alcanza su verdadero significado y contextualización si se presta su debida atención a todo lo precedente.

El mensaje de Burgos, que carece de presentación, de prólogo y de introducción, se abre directamente con la primera parte: *Identidad de la Pedagogía Amigoniana* (p. 5-30). En el pórtico de ésta se hace –como en una especie de preámbulo– una breve historia de dicha pedagogía, que, aun siendo muy general, tiene el mérito de ser una versión “oficial” de nuestro devenir apostólico. Es la primera vez, dentro de nuestra tradición, que se elabora una síntesis histórica sin llevar el sello de una persona concreta.

Por lo demás los subtítulos que acompañan dicha síntesis son significativos y nos dan a conocer, por sí mismos, las principales etapas o momentos de nuestro caminar pedagógico: *Un cambio de planes; Empieza, en Santa Rita, la aventura pedagógica; Primeros pasos del quehacer amigoniano; Apertura científica a otras escuelas; El sistema amigoniano se da a conocer; Aportes de la pedagogía amigoniana al campo jurídico, y Expansión internacional del sistema.*

Tras una síntesis histórica –y dentro aún de la primera parte del documento– se profundizan los *grandes ejes de la pedagogía amigoniana* y dentro de los mismos –y en lugar preminente– los llamados *Principios pedagógicos del quehacer amigoniano* (p. 13-18), que se encuadran en torno a tres bloques temáticos: *Propósito, Método y Educador*.

Dentro del *propósito*, o si se prefiere *objetivo de la educación* –y tras dejar claro que *la acción educativa se orienta a promover la plena e integral realización de niño o joven en felicidad* (p. 14)–, se habla de *libertad*, de *educación de la voluntad*, de la *formación en valores* y del *desarrollo* junto a las otras dimensiones que configuran la integridad del ser humano, de la *dimensión trascendente*.

Con respecto al *método*, se señalan como principales *constantas* del mismo en su proyecto de promover el desarrollo integral de la personalidad del alumno, desde el ejercicio de la propia libertad y responsabilidad, los siguientes:

- la de ser *científico, preventivo, gradual, terapéutico, dosificador, integrador, respetuoso con la libertad, y no violento*;
- la de desarrollarse en un *clima de normalidad* y en un *ambiente familiar*;
- la de ser *personalizado* y la de mantenerse en *constante dinamismo* a través de un permanente proceso de *revisión, contraste, programación y evaluación*.

En referencia al *educador* primeramente se afirma que, haciendo vida el sentimiento pedagógico propio está llamado a *distinguirse por su profunda humanidad* (p. 17) y a continuación se enumeran como principales características del mismo:

- Su *presencia* activa y coherente, cercana y afectiva, dinámica y constante...

- Su *fe inquebrantable en la recuperación* del alumno.
- Su capacidad para ser un *acompañante válido* en el camino hacia la madurez humana y la integración social.
- Su *creatividad* para hacer de la educación un *arte*.
- Su *afán por perfeccionarse* constantemente.
- Su *capacidad para irradiar el talante amigoniano* en el entorno educativo, y
- Su *capacidad para integrarse en un equipo educativo*.

En un tercer momento –dentro aún de la primera parte– el mensaje de Burgos se interna en el pensamiento *filosófico* (p. 18-19), *teológico* (p. 20-23), *jurídico* (p. 23-27), *sociológico* (p. 27-30), para analizar la *fundamentación* científica que sustenta esos *principios pedagógicos del quehacer amigoniano*, o si se prefiere, los principios que sustentan el *propósito*, el *método* y *personalidad del educador* dentro de nuestro sistema pedagógico.

No cabe duda de que dicho análisis de fundamentación filosófica, teológica, jurídica y sociológica constituye, no sólo una novedad dentro de nuestra tradición, sino también una verdadera riqueza para el propio patrimonio cultural. Y es tal esta riqueza que pretender resumirla aquí y ahora sería una pretensión fatua. Por ello me limito, a extraer, a modo de ejemplo, una pequeña selección y os invito encarecidamente a que, si disponéis de tiempo, os acerquéis directamente al escrito:

- *La razón de la acción amigoniana* –se dice desde la filosofía– *es la de regenerar ética y estéticamente a las personas en relaciones conflictivas. Posibilitar a la persona como actor* –se añade desde esa misma perspectiva filosófica– *implica potenciar sus esfuerzos para llegar a*

reconocer a los demás y ser reconocido por ellos. Y a tal fin se orientan las coordenadas del sentimiento, del clima de familia, del credo en el hombre y de personalización que constituyen como la columna vertebral de nuestro sistema pedagógico.

- *Caminar hacia Cristo y hacia las propias raíces humanas –se afirma desde el punto de vista teológico– no son caminos paralelos, sino perspectivas de una misma realidad. Evangelización y humanización son una misma realidad vital. Todo proyecto de crecimiento humano es un camino de crecimiento personal mediante una permanente iluminación, por el amor, de las zonas oscuras de egoísmo existentes en la persona. Y este camino se posibilita particularmente cuando la persona asume e ilumina su propio crecimiento humano desde la fe.*
- *Es derecho de todos los menores, pero de modo particular de los que se encuentran en situación de riesgo o privados de libertad –se anota desde la perspectiva jurídica– recibir la intervención pedagógica o terapéutica adecuada, a través de personas capacitadas que cuenten con el crédito académico correspondiente. Este derecho, además, exige, como su garantía, el respeto que conlleva la supresión de todo maltrato físico, Psicológico y sexual, y el alejamiento como educadores amigonianos de quienes incurran en la violación de estos derechos.*
- *Nuestra tradicional opción por los más débiles –se proclama desde la óptica sociológica– se ve hoy fuertemente amenazada por la globalización y nos exige una respuesta adaptada a las circunstancias y que se encamina a la defensa de la dignidad de los menores que atendemos, pertenecientes, por lo general, a los grupos sociales más débiles y*

desfavorecidos. Debemos esforzarnos para que no se excluya de las políticas sociales a quienes más necesitan de ellas, antes por el contrario se les atienda cada vez de una manera más digna y justa.

Finalizada esta *primera parte* que –como arriba se ha dicho ya– es imprescindible para contextualizar y descubrir toda la riqueza de la *tercera* y fundamental, el mensaje de Burgos dedica una *segunda parte* –10 páginas en total (p. 33-42)– a realizar una lectura de *El hoy del ser y hacer amigoniano*. Y articula dicha lectura en torno a dos grandes ejes: *Armonía de vida* –de la que ya se ha hablado también algo, al adelantar que es una de las temáticas de fondo que se aborda en ambos mensajes– y *Coherencia en la acción*. De ambas se señalan *luces y sombras* o *fortalezas y debilidades*, y de ambas se pueden entresacar más que ideas, sentimientos, de cara a la próxima programación general, especialmente en relación con el amplio ámbito que incluye, por su propia naturaleza, el acuerdo 7º de nuestro XX Capítulo General.

Y ya que antes se han subrayado algunas luces y sombras relativas a la *armonía de vida*, quiero finalizar ahora la breve síntesis realizada sobre el mensaje de Burgos, trayendo, a modo de ejemplo, alguna de las fortalezas y debilidades que se anotan en cuanto a la *coherencia en la acción*:

- *Se constata* –se afirma como fortaleza– *que, a pesar de las limitaciones, es mucho el bien que se está haciendo a los muchachos... Se tiene el convencimiento de que los mismos muchachos podrían definir hoy la pedagogía amigoniana como una pedagogía del amor... Se valora muy positivamente el que los religiosos sean, por lo general, felices en la misión...*
- *Se reconoce* –se recoge entre las debilidades– *que, en algunos casos, los alumnos podrían demandar de los religiosos*

mayor presencia activa, acogida más afectuosa, mayor escucha personalizada y atención misericordiosa, una dedicación más sacrificada, alegre y abierta, un recurso total a la no-violencia... Se denuncia el hecho de que para algunos el apostolado parezca orientado más bien a conseguir protagonismos humanos y a robustecer el propio "ego"... Se echa en falta una mayor dedicación a los más difíciles... Se tiene conciencia de la ausencia de liderazgo en la pastoral de menores en dificultad...

Para finalizar la exposición, tan sólo algunas sugerencias:

- Considero que el texto de los dos mensajes, o de cualquiera de ellos, puede constituir un buen curso de formación permanente para las comunidades locales, especialmente si se elaboran unas adecuadas guías de reflexión que contribuyan o bien a que se realice una *lectura continua* de los mismos, o bien una lectura de acuerdo a *agrupaciones temáticas* (cf. *Acuerdo 5º c* del XX Capítulo General).
- Creo, asimismo, que dicho material puede constituir un buen *marco introductorio* para otros programas de formación que se elaboren de cara a cumplir el objetivo marcado en el *Acuerdo 5º a* del mismo XX Capítulo General.

EPLA, 12 de octubre de 2007

Juan Antonio Vives Aguilera